

Manuel Rojas.

LANCHAS EN LA BAHIA

TOMÓ un vaso lleno de vino y cogiendo a una de las mujeres, a la que más reía y gritaba, alta, gorda, coloradota, se lo vació en el escote. La mujer dió un grito y se encogió al sentir que el líquido le corría por el pecho y el vientre, llegándole casi hasta las medias; pero reaccionó, lanzándose frenética contra él y llenándolo de puñetazos y pellizcos. Y él reía, gozoso, bajo aquella granizada de golpes que parecía hacerle cosquillas. Pero la mujer, tal vez ebria y quizás exasperada porque sus golpes no causaban el más leve daño o dolor al lanchero, dió un grito agudísimo y cayó la suelo gritando:

—¡Ricardo! ¡Ricardo!

Tiritaba, rechinando los dientes, vuelta súbitamente pálida; un revuelo se alzó en el salón. Los hombres se quedaron inmóviles y las mujeres, asustadas, corrieron hacia ella chillando. Después de un momento de estupor, los hombres acercáronse también y todos rodearon a la mujer, que gemía y echaba gruesas lágrimas a través de los párpados cerrados.

—Es un ataque de nervios.

--Tírale el dedo del medio: es muy bueno.

—¡Un paño con jabón y colonia!

—Un trago de orines de perro soltero—dijo un hombre, chungueándose.

Recibió un puñetazo en la cabeza que casi lo lanzó sobre la mujer. Rucio la tomó en brazos y la llevó hacia el interior de la casa; tras él fueron las mujeres y tras las mujeres los hombres, discutiendo todos sobre el mejor medio de detener los ataques nerviosos. La viejecilla, menuda y endeble, como una vela de sebo, salió temblequeando tras ellos, mientras bisbiseaba, como rezando:

—Esta niña, Dios mío, pobrecita...

—¿Qué le habrá sucedido?—pregunté.

—No es nada—respondió Yolanda.—Todos los sábados le da ese ataque; pero se le pasa ligerito.

—¿Y por qué todos los sábados?

—Quién sabe... Será porque bebe mucho o por que...

Quedamos silenciosos. Adentro se sentía el rumor de las conversaciones y algunas risas; los hombres, aprovechando la obscuridad del corredor, hacían bromas a las mujeres; ellas respondían con bofetadas. Junto con quedar sólo con Yolanda, mis propósitos anteriores se desvanecieron y enfriaron y aunque me daba cuenta de que eso no era sino cobardía y poquedad, casi estupidez, no podía vencerme. Permanecemos así un instante, lleno de vergüenza y de irritación yo, sin hablar, sin moverme, sin mirarla, y ella, que se había percatado de que yo era tal vez vergonzoso o muy niño, callaba también. Pero como el silencio llegara ya a molestar, me tomó de un brazo y tal vez con ánimo de sacarme de aquella situación, me preguntó:

—Oiga: ¿está enojado conmigo?

La voz era conciliadora y tierna, y yo, que tenía los brazos afirmados en las rodillas y la cara entre las manos, volví el rostro hacia ella:

—¿Por qué voy a estar enojado con usted, si nada me ha hecho? Estoy enojado conmigo mismo.

—¿Por qué?

—Porque soy un tonto...

Comprendió ella lo que a aquel muchacho le sucedía y acercándose más, me preguntó en voz baja:

—Cuénteme, a ver: ¿por qué está enojado con usted mismo? ¿Por qué es tonto?

Un sudor ardiente, fatigante como una fiebre, me brotaba de las manos, del rostro, de todo el cuerpo. ¿Qué decirle y cómo decírselo? Mi deseo no tenía sino una dirección vaga y eso me impedía concretarlo en palabras. Nadie me había enseñado nada al respecto. Es cierto que no había necesidad de decirle nada, pero yo tampoco sabía eso. Para mí todas las mujeres eran iguales, me imponían la misma timidez; sólo se diferenciaban en que unas me gustaban más que otras. Por fin, con voz trémula, pareciéndome que era otro hombre el que hablaba, casi contra mi voluntad, horriblemente confuso, como si fuera a decir algo muy vergonzoso, muy íntimo, como una falta, respondí:

—Porque usted me gusta mucho y yo...

No alcancé a decir más: la voz se me cortó violentamente, como en un sollozo, dejándome la garganta llena de espasmos de angustia. Pero ella rió y tomándome del brazo me atrajo hacia ella y yo me dejé llevar y me acurruqué a su lado, donde quedé inmóvil, sintiendo que algo se deshacía dentro de mí, llenándome de una dulce laxitud, corriéndome por los músculos como un desvanecimiento. Una tenue sensación de frescura reemplazó al ardor. Sostúvome ella la cabeza sobre el hombro. Con los ojos semicerrados, miraba yo a través de las pestañas mis manos que reposaban en la falda de ella, y en esta actitud no sentía sino una profunda sensación de ternura, de reposo, de quietud.

La voz de Rucio me sacó de mi ensueño:

—¡Miren qué niño! Lo traigo aquí de visita y en cuanto me descuido y salgo, me roba la chiquilla...

Oiga, suegra: ¿no me había dicho que la Yolanda era para mí? ¿Así es que yo... he gastado aquí todo el sencillo que tenía y ahora me tengo que ir sin un cinco y sin chiquilla?

Pero las bromas no me avergonzaban ya. La viejecilla, mientras se dirigía a su asiento junto al piano, contestó:

—¡Bah! ¿No tienes ahí otras cuatro novias?

—¿Novias? ¿Llama novias a estos pejesapos?

Estallaron las risas y se reanudó la juerga, pero ya sin bríos, flojamente; notábase que Rucio estaba cansado, saciada quizá su sed de todo, y lentamente se fué aquietando, apagándose como un ascua; se le ensombreció el rostro, y las facciones que fueran relajadas por la alegría, apretáronse de nuevo como un puño. Permaneció un rato sentado, sin hablar, sin reír, serio, como si pensara en graves asuntos; con él enmudeció el salón; los hombres se retiraron y las mujeres, el rostro abochornado por la bebida o el entusiasmo, echábanse aire con las manos. Parecían vacas cansadas. Quedó todo en silencio; la viejecilla dormitaba.

Rucio se levantó:

—Vamos, Eugenio... ¿O te quedas?

Sentí que Yolanda me apretaba una mano:

—Vuelvo... Bueno, Rucio, vamos...

El lanchero miró a todos los que allí estaban, como sorprendido de verlos allí; parecía despertar de un sueño agitado y su rostro mostraba una expresión de extrañeza. Quiso hablar, pero no hizo sino murmurar algo que no se entendió; por fin encaminóse hacia la puerta.

—No te demores.

—Oye, Eugenio, si quieres quedarte, quédate,—me dijo Rucio, ya en la calle.

—No, te voy a acompañar...

—Yo vivo cerquita.

Estaba borracho, pero cuando intenté tomarlo de

un brazo, me rechazó orgullosamente y echó a andar por el centro de la calle, baja la cabeza, las manos en los bolsillos, el sombrero inclinado hacia una oreja, amenazando caérsele; lo equilibraba a manotazos:

—Este sombrero cree que estoy borracho y se me quiere caer, pero a mí... ¡Hem! No se han reído las mujeres de mí, y se va a reír un sombrero. ¡Capaz que me lo coma y no...!

La subida Claver estaba casi desierta y la atravesamos rápidamente. Rucio marchaba a buen paso, tieso como un puntal; sólo cada cierto trecho balanceábase un poco, como si una ola invisible lo zarandeara; rezongaba y juraba, entonces, pero, restablecido el equilibrio, enmudecía. Dejamos a la izquierda la Plaza Echaurren y tomamos una calle que ascendía el cerro, ancha, iluminada con faroles a parafina, desolada y silenciosa como una estampa. Rucio no vivía muy arriba y apenas recorridas dos cuadras se detuvo frente a una ancha puerta:

—Déjame aquí.... Hasta mañana, ñatito.

Me abrazó tiernamente, dióle otro puñetazo al sombrero, que con el abrazo se le torciera más, y virando como un falucho cargado de vino y cerveza, se hundió en la obscuridad del conventillo. Lo oí rezongar y un tarro rodó sobre el pavimento del patio, despertando a un perro, que ladró. Después, nada.

Respiré con fuerza y empecé a bajar. La noche estaba estrellada y parecía haberse dormido sobre el puerto. Un viento fresco subía del mar. Me sentía liviano, ágil, sin ningún temor, sin ninguna preocupación. Pasé frente a la Plaza Echaurren. Un tortillero gritó:

—¡Tortillas buenas!

Pero no sentía hambre. Ascendí la Subida Claver y torcí por la callejuela; allí empezó a latirme fuertemente el corazón; pero no me detuve y llegué hasta la casa pequeña y humilde. Una hoja de la puerta se veía cerrada y tras ella estaba Yolanda.

V

Durante el día la vida parecía detenerse en aquella casa. Sus habitantes, como dominadas por un ensueño, hablaban con voz velada e indiferente. La viejecilla, que yacía en cama todo el día, sólo se levantaba al anochecer, y las mujeres, levantadas a mediodía, luego de limpiar y arreglar la casa, juntábanse en una de la piezas, donde charlaban o callaban, cosían u holgaban, recostadas en viejos sillones de felpa roja. Allí permanecían toda la tarde. La conversación giraba siempre alrededor de los mismos motivos, como un murciélago alrededor de la misma torre. Ignoraban y no les interesaba la vida que bullía más allá de la mampara, como si sus destinos tuvieran por definitivos límites las paredes de sus cuartos. Nacían los días en el mar, henchíanse sobre los cerros y desaparecían tras ellos, sin que sus pasos se percibieran en el interior de la casa; parecían no verla, tan pequeña y tan humilde.

Al anochecer empezaban las mujeres a peinarse, a vestirse, y lo hacían de mal modo, mecánicamente, como quien hace algo que sabe inútil, pero que es forzoso hacer. Era preciso ganar el pan, día a día, y siendo este el pensamiento que las animaba, era también el que las desanimaba. Yo iba casi todas las tardes; llevaba galletas o pasteles y tomábamos té en la habitación de la viejecilla, que me llamaba «hijito» y me daba cariñosas palmadas en las mejillas, considerándome quizás como a individuo del mismo clan. Conversaban las mujeres. Las más de las veces, yo callaba, mejor dicho, pensaba o divagaba. No recuerdo bien lo que hacía. En esos días mi vida vacilaba entre la alegría y la desesperación. Porque al instante aquel en que entregara a Yolanda el deseo que durante tanto tiempo guardara en mi corazón y en mis venas, sin saber claramente a

quién lo entregaba, impulsado por el ansia ya incontenible de darlo a alguien, como algo que pesa o quema, había sucedido otro instante, en que mi alma aun pueril conoció las primeras angustias del sentimiento amoroso. ¿Amoroso? ¿Sería así amar? ¿Serían así todos los amores? ¿Cómo podía vivirse y quererse así? Cuando yo no estaba en la casa, ¿qué hacía ella? Y las noches que no iba, ¿qué sucedía allí? No ignoraba lo que era ella ni lo que era aquella casa, y no podía impedir nada sino estando allí, y no podía estar siempre. Eso era lo que me torturaba, lo que me quemaba la sangre. Mostrarme indiferente era ser indigno; ser indiferente era reconocer que no la quería, y la quería. ¿La quería? Creía que sí, decía que sí, ya que recordaba constantemente sus palabras, sus gestos, sus sonrisas, sus caricias. Como todo hombre de pasiones súbitas creía que aquel primer amor de mi vida sería también el único. Algunas veces me desesperaba y sentía ira, ira contra mí mismo, ira contra ella, contra la casa; pero me apaciguaba. Era tonto. . . . ¿Qué culpa tenía Yolanda de que yo la quisiera? ¿Por qué no dejaba de quererla y la abandonaba? No me exigía nada, que la quisiera o no la quisiera, pero esto también me desconsolaba, pues veía que no era sino un amigo favorito, destacado de los demás gracias al cariño o afecto que la demostraba, cariño y afecto que cualquiera mujer de su condición acepta siempre. Si yo dejara de quererla, ¿le importaría a ella? Quién sabe. . . . ¿Creía Yolanda en mi cariño o lo consideraba como un pasajero capricho de muchacho? ¿Quién sabe? . . . ¿Qué es lo que sabes, entonces, imbécil? Quién sabe. . . . Mi sentimiento estaba compuesto de muchas preguntas y de muchos quién sabe, como el amor de quien no está seguro de nada, de sí mismo ni de los demás. Sin embargo, había un camino, una fórmula que podía resolverlo todo: sacar a Yolanda de aquella casa y llevármela conmigo. Era el camino de la honradez, el único, pues para mí, tal vez por mi

carácter, quizás por mi ignorancia, no existían sino las líneas rectas; o la dejaba de querer o la llevaba conmigo. . . . Pero cuando iba resolverme por lo último, sentía como si se me cayeran los brazos, y cuando lo primero, me sucedía lo mismo. . . . En realidad, no sabes lo que quieres ni lo que vas a hacer.

—Pero, ¿no te parece, Rucio, que sería lo mejor?

Había hecho de Rucio mi confidente. Alejandro, a pesar de su sonrisa y de su bondad, me intimidaba; parecía estar siempre bajo el dominio de su idea obsesionante: el Sindicato. Para el capataz de la W. y Cía. no existía sino el Sindicato, la lucha social, la emancipación obrera, la expropiación de los bienes privados y su reparto a la comunidad. Cualquiera otra cosa le era indiferente y las mismas mujeres lo eran para él. Su pasión por las cuestiones sociales excluía toda otra pasión, y yo, que de ello me daba cuenta y que por ello admiraba y quería a Alejandro, no me atrevía a hablarle de mi pasioncilla, convencido de que a un hombre así, que sólo pensaba en graves problemas, era ridículo hablarle del amor de un chiquillo por una mujer cualquiera. Así, pues, y casi a mi pesar, era a Rucio del Norte, espíritu despreocupado, acogedor de todo y sin preferencia por nada, a quien se dirigían mis reflexiones, mis cavilaciones; a cada momento tenía algo qué decirle y el lancharo me escuchaba bondadoso, con aire casi paternal, sonriendo de mis ingenuidades y tonterías, extrañado de que alguien pensara en tales cosas y se ocupara de ellas hasta ese extremo. Cierto que yo no pasaba de ser un muchacho, pero él también lo fué y seguramente no recordaba haber pensado tanto en una cosa tan sencilla, ni aun en otras más enredadas. Nunca me dió el más breve consejo, pues además de que no se los pedía, no habría sabido qué decirme; en amor no tenía Rucio sino la más elemental experiencia, ya que para él el amor no había tenido nunca complicaciones sentimentales. Sin embargo, cuando le confesé

mi propósito de sacar a Yolanda de aquella casa, para llevármela a vivir conmigo, dió un respingo:

—¡Pero, Eugenio, estás loco!

—¿Por qué?—pregunté, asustado.

—¿De dónde diablos sacas tantas cosas y hasta cuándo te vas a llevar pensando en eso? Me parece que estás poniéndote tonto... ¿Para qué quieres sacar a Yolanda de allí?

—Para que viva conmigo....

—Pero hombre, por diosito, no digas tonterías... Uno se lleva una mujer a la casa cuando no se puede hacer otra cosa; pero a ti no te sucede eso. ¿Piensas acaso casarte con esa mujer?

No supe contestar claramente.

—Y si no quieres ni piensas que sea tu mujer, ¿para qué la quieres entonces? ¿Para querida? Ya lo es, sin necesidad de que vivas con ella.

—Pero es que yo sufro pensando...

—Pero si eso que piensas ahora debías saberlo desde el principio. Uno sufre cuando las cosas suceden o van a suceder, pero cuando han sucedido siempre o hace tiempo que sucedieron... Además, fíjate de quién se trata y no seas niño.

—Yo la quiero...

—¿Qué vas a querer tú! Estas... entusiasmado con ella y la olvidarás tan pronto como conozcas otra. A todos los hombres les pasa lo mismo con la primera mujer....

Era la sencilla voz de la cordura humana: pero esta voz no fué para mí sino la voz del egoísmo humano. Desconocía aún la vida y desconocía asimismo mis sentimientos, aquellos sentimientos que brotaban por primera vez en mí y que no sabía valorar ni apreciar, ni mucho menos colocar en su exacto puesto. No comprendía las cosas como Rucio, aunque tampoco sabía claramente cómo las comprendía yo mismo. Parecía un hombre desatando un nudo que no hay necesidad

de desatar y a quien las dificultades van interesando primero, enardeciendo después y enfureciendo al último, concluyendo por cortar el nudo con una tijera o arrojándolo al diablo...

Hasta que un día amaneció fondeado en la bahía, como si la noche lo hubiera traído, un barco blanco, grande, con dos chimeneas coloradas.

—¿Qué barco es ese, Alejandro?

—El «Limarí». Hace la carrera hasta Panamá.

Innumerables botes y chalupas lo rodeaban sin acercarse. Esperaban la orden de arriar la escala para lanzarse sobre él como insectos sobre un animal muerto. El cielo estaba nublado esa mañana y daba al mar un reflejo lechoso, de zinc líquido. Resonó la voz tonante de la sirena y los botes y chalupas arrancaron hacia el vapor; se veía remar apresuradamente a los boteros, con brazos que a la distancia eran como antenas de escarabajos. En un minuto el barco estuvo rodeado de embarcaciones y la escala negreó de hombres que gritaban como descosidos y accionaban como desatornillados, y que subían a la cubierta y recorrían a prisa los pasillos y metían la nariz en los camarotes, mirando a todo el mundo con aire de querer llevárselo a tierra, aunque fuese a la fuerza:

—¡Patrón, a tierra! ¿Bote, patroncito? ¡Déjate, porquería! ¡Aquí, caballero, aquí! ¡Qué hubo, pues, Joaquín! Número 23, señorita, Juan Gómez: aquí está la chapa.... ¡Atraca el bote y cierra la boca, jetón! ¡Por la madre! ¿Dónde te fuistes, caballo? ¡Bah! lo que faltaba ahora.

Yo, que pasaba con la lancha cerca del barco, reía al ver las carreras y las disputas de los boteros, que se amenazaban con los remos y se obsequiaban con los más atroces insultos, sin escuchar los que les devolvían, pues en ese instante sus intereses eran superiores a su dignidad.

—Parecen ratas....

—¿Ratas? Ya lo creo. . . . Son capaces de robarse el ancla y cobrar el viaje. . . .

Eché el trapo. . . . Habíame levantado de buen humor y el espectáculo del barco asaltado me regocijaba, ignorante de que en las calderas traía un acontecimiento decisivo para mi vida. Aquella tarde, al entrar en la pieza de Yolanda, no la encontré sola: un hombre estaba con ella, un hombre joven, moreno, con cara aplastada y redonda como una moneda de cobre; un hombre que al verme entrar no hizo ademán alguno de levantarse o marcharse, como si tuviera tanto derecho como yo para estar allí. Sentada en la cama, Yolanda lo escuchaba hablar; estaba sentado en un sillón, frente a ella y me miró fríamente, sin curiosidad, continuando en seguida su conversación. Sorprendido, saludé con torpeza y me quedé de pie junto a la puerta, con el sombrero en la mano. Yolanda me invitó a sentarme en la cama, junto a ella, pero rehusé, y el hombre, cuya charla había sido interrumpida dos veces por mi causa, luego de echarme una nueva mirada, ahora con más atención, reanudó otra vez su discurso. Tenía junto a las rodillas, sobre la felpa del sillón, un sombrero claro, de alas cortas, con cinta clara también, como su traje, que era claro y con amplios pantalones. La corbata roja resaltaba sobre la camisa de seda verde, pero de un verde muy suave; los zapatos con anchas cintas, eran rojos. El hombre tenía muy brillante la piel del rostro, sobre todo en los pómulos, y la dentadura muy blanca. Era un vaporino, tripulante del «Limarí». Llevaba los cabellos cuidadosamente peinados. . . . Hablaba del viaje, narrando pequeñas peripecias de la vida de a bordo, su estada en los calientes puertos panameños, sus andanzas por los barrios turbios y sus aventuras amorosas, que celebraba riendo y que a mí me parecían estúpidas. De aquel hombre desprendíase una fatuidad y una suficiencia que herían como un insulto. Cuando se

cansó de hablar, sacó del bolsillo un paquetito y dijo aún:

—Te traje un regalo, Yolanda...

Y yo, que durante ese rato había procurado adivinar que hacía allí aquel hombre y qué relaciones lo unían a Yolanda, al oír la última frase creí comprenderlo todo. Exclamé:

—Buenas tardes.

El hombre me miró extrañado y ella se levantó:

—¿Te vas?

—Sí,—contesçé, entre dientes.

Y salí. Pero ella me alcanzó en el patio, tomándome de un brazo:

—Oye....

—Déjame—dije duramente.

—Pero, ¿qué te pasa?

—Déjame, por favor—exclamé, fuera de mí, sintiendo deseos de pegarla. Me desprendí y salí hacia la calle. La sangre hervía y borboteaba en mi corazón como el agua en las calderas. Las palabras y los pensamientos se me atropellaban en la lengua y en la cabeza como un piño de animales en un corral sin salida.

—¡La mato!—dije de pronto.

La idea surgió como un toro bravo, alzando las poderosas patas y el ancho testuz, y tras ésta, que había logrado romper la congestión, fluyeron las demás, y con ellas vinieron las imágenes violentas, las visiones de color rojo y negro, que se encendían y se apagaban en mi cerebro como avisos luminosos.

—¡Por mi madre!.... No sé..... me..... ya no soy un niño, y esa mujer y ese hombre, nadie se ríe de mí aunque me maten, la vida qué me importa, porque soy hombre, bien hombre y no me importa nada de nada ni mi madre; ese hombre y esa mujer qué hacen, el vapor «Limarí» aquí y el vapor «Limarí» allá, vamos a ver....

Me enredaba en las palabras y en las ideas como en-

tre perros enardecidos, sintiendo rabia también por ello; fulguraciones súbitas me abrasaban como llamas y sentía deseos de gritar hasta rasgarme la garganta y azotar la cabeza contra las piedras de las esquinas. Si me hubiesen herido en ese momento no lo habría sentido, y si la herida hubiese sido de muerte habría muerto pensando que era otro el que moría, de tal modo mi vida era ajena a todo aquello que fuese ajeno al acontecimiento que vivía. Iba ceñudo, llena la cara de arrugas como cicatrices recientes; el cuerpo me vibraba como una lámina metálica exigida por miles de rozamientos ásperos, y oía dentro de mí el estruendo de la ira, como el de un loco en el interior de una casa cerrada. No veía las casas ni las personas, ni el cielo, ni el mar, y sólo la costumbre me llevaban a través de las calles, como un perro a un ciego. Así llegué al muelle y mi sorpresa fué grande al encontrarme frente al mar; me parecía que aunque andaba no me movía ni iba a ninguna parte, no queriendo tampoco ir a ninguna. Me hubiese gustado seguir, seguir, entregado a mi infierno, hasta que, apagado, hubiese muerto. Pero allí estaba Rucio, y lo tomé de un brazo y lo saqué del grupo en que charlaba y reía, diciéndole en seguida, como si tuviera prisa:

—He encontrado un hombre en la pieza de Yolanda; no te rías, animal; sé a que ti te parecen tonterías todo lo que digo y pienso, pero no me importa, tengo que decírselas a alguien, si no, reviento. He encontrado un hombre en la pieza de Yolanda y no sé quién es ni me importa saberlo; creo que es un tripulante del «Limarí» Le trae regalos. ¿Por qué le trae regalos? No sé, pero tengo que saberlo

—¿Por qué no se lo preguntaste a él? . . .

—Me dió tanta rabia que no supe qué hacer . . . Yo sé que no puedo tener celos porque Pero si no puedo tener celos de un hombre cualquiera, los puedo tener de una amante, y ese hombre

—Bueno: ¿y qué culpa tengo yo?

Rucio bromeaba, queriendo distraerme, pero me planté frente a él, mirándolo con fijeza, los dientes y los labios apretados, como quien espera un golpe; la cólera me dilataba las ventanillas de la nariz como la fatiga a un animal. Lo cogí de un brazo y levantando la mano derecha, como si fuese a darle una bofetada, le pregunté:

—¿Eres mi amigo o no?

—Lo soy.

—Entonces, si eres mi amigo, y si eres hombre, no te burles, o ándate, déjame solo. . . .

Rucio me miraba extrañado. Yo no era ya el jovencito apabullado que conoció una mañana a bordo del remolcador y de quien se reían los lancheros al verlo colgado como gato de las tinas de carbón o de las redes cargadas. Había perdido aquel aspecto; me mostraba recto, con los hombros ya henchidos de músculos, el pecho erguido y la espalda tiesa. Me abrazó:

—No te enojés, ñatito, y dime qué quieres. . . . ¿Hay que pegarle a alguien?

—No sé. . . . Te pido que me acompañes esta noche a la casa de Yolanda. Nada más.

Nos quedamos de pie en la orilla del malecón. La noche, como un velero negro, arribó a poco y echó su ancla en el centro de la bahía. La vela de Orión empezó a llamear en sus latitudes celestes y el mar se llenó de luces y de reflejos, de manchas y de sombras. Era la hora en que los vapores parten, huyendo de la noche, para ir a buscar el amanecer y la luz más allá de los mares de las alturas de Coquimbo; la hora en que zarpan en sus botes y chalupas, los mugrientos pescadores de Caleta Jaime y del Membrillo, que retornan al amanecer, calados hasta los huesos y con las redes espesas de azulencos pejerreyes, de rojos congrios, de pardas corvinas. Un tren partía hacia el sur y su corazón de metal sonaba y resonaba, como despidiéndose

del mar. . . . Yo estaba silencioso; mi ira había disminuído desde que tomara la resolución de aclarar el asunto; pero mi ánimo estaba como una espada, pues si bien el fuego se había apagado, la obra de él permanecía. Rucio, sentado en la muralla, cantaba en voz baja su tonadita predilecta:

Salí de Cuba,
con rumbo a México,
en un vapor para Nueva York. . . .
¡Tum-bi-ri-tumbi-tumbi-tor!

Imitaba las notas de una guitarra. Los trabajadores nos saludaban al pasar; yo contestaba algo que no se entendía y Rucio cantaba:

Saltó a la lancha, la cubanita:
su lindo talle luciendo va. . . .
Los marineros se vuelven locos
y hasta el piloto pierde el compás. . .
¡Tum-bi-ri-tumbi-tumbi-tás!

—Vamos a comer. . .

—¡Tumbi-ri-tumbi-tumbi-ter!

—¿La vas a cortar o no?

—¿Por qué la voy a cortar, si me gusta? Estoy contento y canto. . . . ¿O crees que me asusto por unos puñetes más o menos? Si yo reuniera todos los puñetes que he dado y que he recibido en mi vida, tendría para llenar una lancha y me sobrarían para anclarla. . . .

Después de un año de no ver tierra,
porque la guerra me lo impidió,
divisé el puerto donde se hallaba
la que adoraba mi corazón. . . .
¡Tum-bi-ri-tumbi-tumbi-tón!

Continuó bromeando durante la comida y comió con el apetito de todos los días. Yo comí apenas; tenía la garganta como cerrada, duros los músculos de la cara, impidiéndome masticar, rechazándome los alimentos, como materias demasiado blandas para el momento de rigidez que vivía. Mis músculos, mis nervios, mis pensamientos, mis palabras, mis sensaciones, estaban detenidas en aquel momento, pero vibraban y vibraban dolorosamente, como si una contracción o un calambre las apretara y detuviera con elásticos y duros anillos; esperaban tal vez que otra impresión fuerte, más fuerte que la que las detuvo, viniera a libertarlas, devolviéndole su juego libre, desembarazado. Rucio, entre broma y broma, entre bocado y bocado, me miraba con sus ojillos azules.

—Sí, sí...—suspiró—Parece mentira, pero es así...

—¿Qué cosas?

—Las cosas son así... Los hombres no pueden vivir tranquilos y andan siempre buscándose *malcornas*: a unos les da por una cosa y a otros por otra, el juego, el vino, las mujeres, el Sindicato, y la pelota de la cárcel... Si toman un trago, siguen hasta quedar tirados; si juegan una brisca, quieren ganarse hasta el modo de caminar; si conocen una mujer, ya se están muriendo de amor, y si por casualidad hablan una vez en un mitin, al día siguiente quieren hacer la revolución social... ¡Leseras! Y, sin embargo, es así...

—Y a ti ¿por qué te da?

—A mí me da de todo y de repente, como la rabia a los perros, pero a lo lejos y de pasada, porque yo no me fondeo como los otros, como tú, que apenas llegaste a la primera caleta te quieres amarrar hasta de la nariz... ¡Qué laya de marinero! ¡Juá, juá, juá! Es para reírse y escupir por el colmillo...

—Cállate y vamos.

—Sí, vamos.

Rucio iba como yo, en ropa de trabajo, vestón y

pantalón muy usados y de color indefinible. La camiseta, manchada de tierra y de transpiración, pegábase a la piel, ondulando con los movimientos de los músculos. Calzaba alpargatas, sin calcetines.

La marcha fué lenta y dolorosa para ambos: para Rucio, porque a medida que la distancia disminuía, acercando los acontecimientos, sus nervios se irritaban y destemplaban, concluyendo por gruñir como perros bravos. Había dicho que los golpes no le asustaban, y era cierto; pero ignoraba qué iba a ocurrir y si lo que ocurriría sería solamente una simple riña de burdel o algo más grave, y esta incertidumbre, junto con el pensamiento de su responsabilidad, le enardecía. Tal vez le hubiera gustado estar ya en medio del desorden, riña, homicidio o lo que fuera, o estar con la cabeza rota y la nariz magullada, pero haber terminado ya. Tenía la convicción de que yo iba dispuesto a todo y aunque temía que su amigo fuese herido, no podía hacer otra cosa que acompañarme, acompañarme hasta donde yo quisiera ir, y más allá aun. . . . Para mí, porque la proximidad de la casa, de la mujer y el hombre, que suponía reunidos, agudizaba de nuevo mi dolor y mi ira. Sin embargo, mi dolor y mi ira eran ahora fríos, blancos, aunque quemantes, y no me sentía confuso ni aturdido, viéndolo todo claro, limpio. Toda mi persona era una máquina perfectamente limpia y lubricada, esperando la orden de ponerse en marcha hacia donde yo quisiera, sin ruido, pero con vehemencia. Sentía que me dominaba por completo y que hubiera podido en un esfuerzo de todo mi ser y aun a riesgo de romper brutalmente el equilibrio, tomar una calle cualquiera y evitarlo todo. . . . Pero seguí, la costumbre me llevaba, y seguí hasta llegar a la casa de Yolanda. Al ir a entrar, Rucio, se puso ante mí y me dijo:

—Oye, Eugenio. . . .

Pero lo aparté suavemente:

—Déjame. . . .

Rucio se encogió de hombros y cerró los puños. Dentro se sentía cantar. Bajamos la escala, abrimos la mampara y llegamos al salón. Había allí tres hombres que bailaban y entre ellos estaba el vaporino. Las mujeres, al verme, cesaron de bailar; enmudeció el piano y calló la cantora. Yolanda vino hacia mí:

—Eugenio....

La miré como si no la conociera; no era a ella a quien buscaba. Mis ojos buscaban y veían solamente al vaporino, que estaba de pie en el centro del salón, el pañuelo colgando de la mano derecha, bien plantado, musculoso, fogonero quizás, diablo gris aceitero, tal vez, con los pómulos brillantes y los ojillos de mono reluciéndole bajo las cejas negrísimas. Me detuve ante él y afirmándole el dedo índice sobre el pecho, le dije:

—Hay un asunto que tenemos que arreglar entre los dos...

La voz, sin vacilaciones, resonó claramente en el salón silencioso. Nadie intentó hablar o intervenir, ni la misma Yolanda, que seguramente estaba sobreco-gida de estupor y de miedo. Rucio había quedado ante la puerta, y su cuerpo, los brazos cruzados y las piernas abiertas, ocupaban casi todo el vano. Por allí no se podía salir sino a costa de un porrazo serio. Pero el vaporino, sorprendido al principio, se repuso, y al ver que la riña era iminente, no intentó salir ni dar o pedir explicaciones de ninguna especie; se atendería a lo que resultara. A pesar de su fatuidad era hombre decidido y hasta valiente y comprendió que lo necesario era abatirme cuanto antes. Retrocedió, pues, un tanto y mirándome fijamente dijo:

—¿Y qué, pues....?

Recibí el golpe en la boca; un hilo de sangre me corrió rápidamente hacia la camiseta. Avancé, gozoso y rabioso, y el vaporino, alcanzado por un puñetazo en el

corazón, derrumbóse sobre una mesilla llena de botellas de cerveza y de grandes vasos de vino.

—¡Jem!—dijo.

Un agudo grito de mujer se oyó en la calle. Al mismo tiempo, un vaso reventó contra un espejo, y yo, que me había agachado, me incorporé, estiré el brazo como una honda y el tripulante del «Limarí», herido en una ceja por el botellazo, ciego de sangre, se sentó en un sillón, con la mano en la frente, como si se dispusiera a pensar. Lo esperé un instante, como desafiándole a que se pusiera de pie y reanudara la lucha; pero el hombre tenía bastante con lo que tenía, y no se movió, como no se movió nadie, ni el mismo Rucio, que me miraba abriendo la boca.

—¡Vamos, Rucio!

Pero dos policías que habían sido atraídos por los gritos que Yolanda daba en la calle, llegaban:

—¡Qué pasa aquí!

Fuí detenido. Yolanda lloraba con ahogados sollozos y gritos contenidos. Las demás mujeres lloraban también; la viejecilla, pobre viejecilla, quería hablar y no podía. Rucio estaba mudo. El herido fué sacado a la calle junto conmigo; la sangre le cubría ya toda la pechera de seda verde y las largas solapas del vestón claro. Un policía se llevó al herido y otro a mí. Rucio me acompañó hasta la puerta de la comisaría; allí nos despedimos con un apretón de manos.

VI

Sesenta días más tarde, al finar ya el sexagésimo, el cabo de guardia en la Sección de Detenidos abrió la puerta para dejarme salir en libertad:

—Mucho cuidado en volver por acá...

—Con una vez basta, cabito....

Salía de la prisión, delgado, con una delgadez de animal sano. Llevaba un atadito de ropas bajo el bra-

zo. Caminé al principio, un poco desorientado, mirando en el cruce de las calles hacia un lado y otro, como si dudara qué camino tomar; pero de improvviso apareció en mi memoria el orden de la ciudad y anduve ya sin vacilación alguna. ¿Por qué no habría venido Rucio a esperarme? Los dos lancheros me visitaron cada domingo, llevándome ropa limpia, café, azúcar y cigarrillos, pues la cárcel me enseñó a fumar, y diarios y revistas. Miguel me visitó una vez y Yolanda fué también dos veces; no hizo otra cosa que llorar. Dejó de ir, y Rucio, exigido por mis preguntas, me contó que Yolanda había dejado la casa, marchándose no se sabía dónde, tal vez al norte, quizás al sur.... Con gran sorpresa mía, la noticia no me afectó mucho. ¡Qué curioso! Tanto que me parecía quererla. Por ella hice lo que hice. ¿Por ella? Realmente, por ella no. ¿Por qué entonces? El vaporino no me conocía, no ocurrió entre ambos nada que justificara mi actitud de violencia y sólo una sospecha hubo, que no sabía aún si era infundada o cierta. ¿Por qué peleé entonces con él y por qué lo herí? Quien sabe.... Quizás porque veía en él a todos los hombres que habían querido, que querían o que pretendían querer a Yolanda, esos hombres que me desesperaban y torturaban cuando pensaba en ellos y en ella y a los cuales no podía detener ni impedir nada.... Sí; lo sucedido no había sido sino un asunto personal, de mi mismo, en el que la mujer no tomó parte alguna. Sí, eso fué. Pero todo terminó. Ella había desaparecido, y yo estaba libre. ¿Dónde estaría Yolanda, con su cuerpo redondito y gracioso, su boca caliente siempre y sus manos frías, cuyo contacto me causaba estremecimientos? Y si la viese de nuevo, ¿la volvería a querer? ¿Por qué no? Guardaba ternura por ella, la mujer que me arrancó el primer suspiro amoroso, ese suspiro de alegría o de pena que sale de las venas más profundas del hombre y que refresca y calma.

Pero, a pesar de mi libertad, de mi hermosa liber-

tad, sentíame un poco triste. Esos sesenta días de prisión depositaron en mi espíritu residuos amargos, borras turbias, sedimentos espesos, como si por mi interior hubiesen corrido, durante dos meses, los desperdicios de una fábrica, de una mina o de un conventillo, desperdicios que bullían y se inflaban en mí como levadura innoble y a quienes la inmovilidad ayudó a aconcharse. Necesitaría ahora, para limpiarme y aclararme, jornadas de fuerte trabajo, días de fatiga, movimientos enérgicos, que obraran en mí como resallantes chorros de mangueras; volver al mar y a sus olas, a su viento y a su sol de oro, a sus gaviotas y a sus lanchas, a sus largos gritos en el atardecer. . . . Al pensar en esto apuré el paso, como si temiera llegar tarde a alguna parte o como si el mar fuese a partir de un momento a otro. Pero, no partiría; allí estaba, como siempre, lo mismo que todos los días. Lo ví al atravesar una calle, ví su rostro verde y azul, que mira eternamente al cielo, como si esperara algo; su rostro cambiante e idéntico, tan pronto plácido como inquieto, tan pronto liso como un espejo como rayado de olas; su rostro, que parece reflejar los estados de ánimo de alguien que jamás cesara de pensar y de sentir, que no durmiera nunca ni reposara, preocupado de todo y hacia quien todo fuese a dar, desde la luna nueva hasta los cachuchos de los guachimanes.

La muchedumbre me envolvía como antes y me revolvía gozoso entre ella. Caminaba, sin embargo, de un modo torpe, olvidado casi mi agilidad de hombre de las ciudades. Pero ya la readquiriría. No estaba muerto ni lo estuve; sólo había estado inmóvil, como antes en los faluchos cargados con seda; pero abandonaba la guardia y volvía al libre juego de mi personalidad.

—¿No es cierto, Rucio? ¿No te parece, Alejandro?

¿Dónde estarían mis camaradas? Seguramente, agarrados a las tinas oscilantes y a las redes crugientes, como imágenes del hombre en el mundo, luchando con

ellas, dominándolas para poder vivir. Subí el cerro de un tirón, contento al ver que mis músculos me obedecían sin resistencia ni cansancio. Entré en la casa en que vivía Alejandro y como no viera a nadie en el patio, llamé en la habitación de la mayordoma. Apareció una vieja arrugada, menuda, blanca, que me miró por encima de sus anteojos:

—¡Vaya, niño! ¿Ya te largaron?

—Sí, doña Josefina, ya.

—¿Ha visto? Tan joven y ya metido en averías...

¡Buena cosa! ¿Quieres la llave?

—Sí, señora.

—Tómala, y ya sabes: si necesitas componer alguna ropita, habla con la vieja Josefina....

—Muchas gracias, abuela....

Sonrió la viejecilla. Abrí la puerta y entré. La habitación estaba tal cual la dejara: la cama, las sillas, una mesa, un baúl, el estante de colihues con sus libros en rústica, libros siempre empezados a leer y nunca terminados. Sobre el velador, había uno, blanco, con el retrato de un hombre barbudo en un extremo de la tapa. Me acerqué y leí: «P. Kropotkine: La Conquista del Pan». Lo abrí al azar: «El pueblo sufre y pregunta: ¿Qué hacer para salir del atolladero?»

Pensé en ello durante un segundo y no se me ocurrió ninguna solución. Quién sabe si Alejandro la tenía... Me lavé, me cambié de ropa y salí. Aún quedaba un poco de sol en los cerros, pero el mar y el plano oscurecían ya. Las embarcaciones semejabán un bandada de patos que se hubieran abatido sobre la bahía para pasar allí la noche. Cuando llegué al muelle empezaban a desembarcar los lancheros y jornaleros. Pregunté por mis camaradas a un conocido y me informó:

—Trabajan a bordo del «Imperial» que zarpa mañana para Guayaquil. Pero ligerito han de llegar....

En efecto, llegaron en seguida; nos abrazamos son-

riendo, un poco emocionados, dándonos tremendas palmadas en los omóplatos.

—¿Así es que trabajan en el «Imperial»?

—Sí, en el «Imperial».

—¡Y nos vamos también en el «Imperial»!

—¿Se van? ¿A dónde?

—¡A freir monos a Guayaquil!

—¿De veras?

—Sí, mañana zarpamos. Por supuesto, usted se irá con nosotros....

—¿Yo?

—Claro.... Usted es nuestro compañero de cuadrilla y lo será hasta que quiera serlo o hasta que se muera.

—Sí, pero....

—Si no quiere ir, es otra cosa...

—No, pero me sorprende....

—No te sorprenda nada y vamos a comer; mañana o pasado hablaremos más; pasado, mejor, porque mañana no tendremos tiempo ni para respirar... Tengo hambre, sed y sueño: las tres virtudes del flojo.

Comimos, y comimos otra vez como antes: silenciosos, medio dormidos, sin deseos de hablar, pensando en la cama y en el trabajo del día siguiente. Nos separamos a la salida; Rucio murmuró:

—Hasta mañana.

Iba medio dormido ya. Nosotros también teníamos sueño, y la cabeza, pesada, nos caía sobre el pecho como una gran fruta madura....

Santiago 1930.